

Francia o más bien París, y las ciudades mexicanas levantan apresuradamente edificios *comme il faut*. Para celebrar el centenario de la Independencia, Porfirio ordena una remozada a la ruinoso Ciudad de México, cuyas galas coloniales estaban cubiertas por el polvo del tiempo y del infortunio. Se construyen nuevos edificios públicos aprovechando la nueva tecnología del hierro y los modelos de una arquitectura ecléctica. El nuevo Correo Mayor es réplica de un *palazzo* veneciano; el del ministerio de Comunicaciones, hecho por un arquitecto italiano y que hubiera lucido espléndidamente en la Vía Veneto se ve, diríamos aquí, «como Cristo con pistolas» en el estrecho centro colonial, las viejas plazas hispánicas se renuevan con esculturas parisinas y donde se habían organizado divertidas quemas de herejes y judaizantes en el virreinato, se colocaban ahora esculturas de esbeltas e inquietantes mujeres en desnudo mármol con nombres tan pecaminosos como *Malgré Tout* o *Désespoir* y los indios veían, siempre irreverentes, cómo la «gente de razón» se vestía de pipa y guante, bombín, monóculo, polainas, miriñaques y bastón de empuñadura de plata. El México afrancesado es también romántico y liberal, positivista. Nuestros artistas van a París, a *Beaux Arts* y traen en sus maletas el *Art Nouveau* cuyas floralidades encantaron a nuestra eterna sensualidad. La finca Gameros en Chihuahua, ejemplifica esta nueva importación francesa y belga, y por todo el país las rejas que custodian las ventanas de las residencias, de los *chalets* se curvan suavemente con motivos vegetales.

Lo mejor de la arquitectura del porfiriato es sin duda el Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México, que es uno de los grandes teatros del mundo. Construido con mármol italiano y en el más puro estilo *Belle Epoque*, su construcción se interrumpe por algunos años y se termina, ya en la década de los treinta, en esa otra curiosidad que fue el *Art Déco* el cual, insólitamente, utilizaba motivos «aztecas» y así el *Foyer* de Bellas Artes se decora a la azteca, vía París... La otra joya porfiriana es el Monumento de la Independencia, una alta columna muy parisina coronada por un ángel dorado que es hoy el símbolo de la ciudad. Tiene el monumento una alegría muy a la Offenbach, romántica y sensual al mismo tiempo y está situado en el Paseo de la Reforma que es nuestra Castellana, nuestras Ramblas, nuestros Campos Elíseos o, mejor como diría Octavio Paz, nuestro río, en esta ciudad que no lo tiene de agua pero que lo abre de gentes y memoria. Pero el porfiriato iba a coronarse con un edificio descomunal: el Palacio Legislativo, símbolo definitivo del progreso. Sólo se alcanzó a construir la inmensa cúpula que cubriría la gran sala de «pasos perdidos». Y es que por allí apareció una revolución y Porfirio tuvo que irse a París a morir transido por la nostalgia. La gran cúpula del Legislativo, mucho me temo, terminó sus días trabajando de Monumento a la Revolución.

Una revolución que fue en serio. Diez años (comienza en 1910), un millón de muertos, una docena de nuevos caudillos. La «Bola» como la llamamos los mexicanos, «La Fiesta de las Balas» como la bautiza su gran novelista, Martín Luis Guzmán, última revolución a lomo de caballo viene a liquidar un pasado feudal, impone una reforma agraria, proclama una ideología de avanzada y despierta un humillado nacionalismo. Un pintor de genio, Diego Rivera, regresa de Europa y pinta en murales una tácita consigna: «Que viva México». El país se descubre a sí mismo con inédito asombro. Nos vemos en el espejo y nos gustamos y así como somos: morenos, sensuales, sigilosos, introvertidos, incurablemente románticos, buenos para sufrir y un poco tímidos frente al verdadero mundo.

Para la arquitectura, la paz tras la revolución trae múltiples transformaciones: primero, la llegada de la arquitectura moderna con toda su austeridad y racionalismo. La Bauhaus pero sobre todo Le Corbusier, dictarán modelos de lo moderno. Con un idealismo compartido por la Revolución Rusa, se dicta todo un programa: viviendas, escuelas, hospitales, edificios públicos, todos baratos y «funcionales». Pero a este programa tan racional se añade una enidablada cuestión estética: ¿y lo nacional?, ¿podrá ser esta arquitectura racionalista también mexicana? Pregunta doblemente válida en un momento en que las otras artes nacionales están en plena expansión.

Y toda la arquitectura de los últimos 70 años intenta de diversas maneras responder a la cuestión. Por ejemplo, allá en los años veintes se descubrió que si algún estilo teníamos éste era el «colonial». Sólo que ya los tiempos no estaban para levantar casonas de grandes patios o capillas dominicas, por lo que el «colonial» lo importamos *of all places* de California, de aquellas casas que pusieron de moda los actores de Hollywood y que eran muy *Spanish* y románticas, apropiadas para que el Zorro le cantara requiebros a una «beautiful señorita». Y aunque usted no lo crea, en las zonas elegantes de las ciudades mexicanas comenzaron a surgir «residencias» (ya nadie vivía en casas, simplemente) con tejados andaluces, rejas caligráficas y fachadas talladas en cantera. Vampírica resurrección del barroco. Otros arquitectos intentaron también revivir la arquitectura india, con demenciales logros.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, México vive una de sus efímeras prosperidades y un presidente emprendedor ordena construir una gran Ciudad Universitaria que será el símbolo de un nuevo México. El *campus*, como ahora se le llama, vendrá a congrega las escuelas universitarias que aún vivía, en sus claustros coloniales. La Ciudad Universitaria se construye sobre un campo de lava al sur de la capital y es un verdadero muestrario de una arquitectura que es moderna y funcional pero que ya no es austera y que busca una «intensidad» muy mexicana a través del uso del color y la textura.

De la C.U. habría que rescatar ciertos edificios que hicieron fortuna como la Biblioteca Central, obra de Juan O'Gorman, pintor y arquitecto, y que es un gigantesco volumen cerrado y cubierto todo él, con un gran mosaico de piedras de colores que le dan un aspecto al mismo tiempo moderno y secular. Justo como el estadio, con grandes mosaicos brutalistas de Diego Rivera y que recuerda por su forma la de un volcán, o los frontones, obra de Alberto T. Arai que son estilizadas pirámides. La C.U. abre un buen período de la arquitectura mexicana que luce obras con sentido social y sabiduría como las de Enrique Yáñez y José Villagrán García; de equilibrio entre lo internacional y lo nuestro como en los trabajos de Augusto H. Álvarez, Sordo Madaleno, Enrique del Moral y tantos más. El arquitecto y político Pedro Ramírez Vázquez levanta un edificio también simbólico: el Museo de Antropología, que revive en moderno algo de la espectacularidad de la arquitectura azteca; lamentablemente su Basílica de Guadalupe es un circo modernista y no el sagrado lugar que merecería esa Virgen que es nuestro más profundo símbolo nacional. México, brevemente, figura como potencia media en la arquitectura (junto con Brasil y Venezuela en Iberoamérica); luego viene la crisis y las crisis dentro de ella y el avasallamiento por la arquitectura norteamericana (hecha ¡ay dolor! con presupuestos mexicanos), el alejamiento gradual de Europa, la invasión del *kitsch* internacional y el consumismo, síntomas ambos del triunfo de la rebelión de las masas que decía aquel profeta certerísimo y elegante que fue Ortega. Y como remate, en estos últimos años nos llega el *postmodern*, ese estilo que es su propia caricatura.

Pero en este desolador panorama habría que recordar a dos genios que iluminan de distinta manera la arquitectura mexicana. Uno es un ingeniero español, miembro de aquella prodigiosa migración que nos llega con la Guerra Civil: Félix Candela, quien irá desarrollando una nueva tecnología y un nuevo lenguaje estético partiendo de las posibilidades de los cascarones en concreto, especialmente a través del paraboloide. Su iglesia de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, en la Ciudad de México, me recuerda de alguna manera el espíritu bizarro y fantástico de Gaudí. El otro es un ingeniero civil de formación que se convierte en el poeta de la arquitectura mexicana. Oriundo de la ciudad occidental y muy hispánica que es Guadalajara, Luis Barragán, tras de una juventud en que ensaya un estilo a medias colonial, provenzal y con brillos de inspiración rusa y marroquí, vive en la Ciudad de México un período en que no escapa al seco racionalismo de Le Corbusier. Pero ya maduro, Barragán será el promotor de un gran proyecto, un desarrollo sobre el mismo campo de lava en que se había construido la C.U., el Pedregal. Ghetto de lujo para los supermillonarios mexicanos en el que Barragán levantará alguna de sus casas clásicas hechas a base de grandes muros lisos y pintados con los vivos colores de la arquitectura